

DE BARCELONA A ATLANTA: LA EVOLUCION DE LA NORMALIZACION DEL DEPORTE ADAPTADO

Desde el conocimiento que da el haber colaborado, a través de la Fundación Saia-tu, con los deportistas vascos que acudieron a los Juegos Paralímpicos celebrados en Atlanta el pasado verano, el autor del presente artículo reflexiona sobre el significado de las dos últimas citas olímpicas para personas con discapacidad. Mientras Barcelona 92 supuso un revulsivo para el movimiento asociativo catalán y un paso adelante en el proceso de normalización real, Atlanta 96 fue en ese sentido un auténtico fiasco, pues apostó por las leyes del mercado, pero el mercado le dio la espalda.

A partir de esa constatación, el autor señala la imposibilidad de avanzar hacia la normalización sin pasar antes por etapas integradoras basadas en la discriminación positiva. De ello se deduce, como conclusión más importante de cara a la atención a las personas con discapacidad en nuestra comunidad, que la reglamentación deportiva vasca debe modificarse pues, siendo modelo de normalización es también, paradójicamente, obstáculo para la integración.

Pese a que la historia del deporte para personas con discapacidad es corta en tiempo, lo cierto es que ha sufrido una interesante evolución desde que en 1948 se organizaran las primeras competiciones deportivas en Stoke Mandeville; evolución que se constata pareja a las transformaciones que se han producido en la

propia imagen social de la persona con discapacidad, y no ajena al desarrollo de los Estados asistenciales.

Sin embargo, y por más que éste sea impresionante, hay que reconocer que todavía se está lejos, muy lejos, del objetivo de su normalización. Las grandes competiciones permiten avances en este sentido y ni que decir que los Juegos Paralímpicos son, tal vez, la mejor referencia de los mismos.

Los de Barcelona en 1992 se revistieron de múltiples virtudes, y cumplieron en gran medida con el fin de incrementar los niveles de integración —en muchos casos no normalizada— de las personas con discapacidad. Los de Atlanta, diseñados desde parámetros más normalizadores, no fueron capaces de interrelacionar el deporte adaptado con la sociedad que lo acogía, y es así que un cierto regusto amargo queda en quienes pueden comparar estos eventos.

Sobre los Juegos Paralímpicos de Barcelona hay consenso en que fueron brillantes en participación de atletas y en resultados deportivos: 82 delegaciones, 3.020 deportistas, 383 récord paralímpicos y otros 279 mundiales batidos. Pero sobre todo que fueron los mejores en cuanto a seguimiento popular: más de 1.300.000 personas presenciaron en los distintos stadiums las pruebas durante las dos semanas de Juegos.

Gran parte de «culpa» de la gran respuesta a los mismos, la tuvo el que desde el Comité Organizador se diseñaran tratando de evitar lo que, en palabras del Presidente de la Federación Internacional de Deportes de Minusválidos Físicos, Joan Palau, hubieran podido ser las «olimpiadas del cemento». El hecho de que para la mayoría de los catalanes ésta fuera la primera vez que tenían oportunidad de acercarse al deporte adaptado, y el que se celebrarán poco después de unos Juegos Olímpicos en los que toda Catalunya se volcó en una suerte de test nacional, predecían que o se organizaban muy bien o quedarían abocados al fracaso. Tal vez por ello, se plantearon que los Jocs fueran un espectáculo de puertas abiertas —gratuitos— con lo que se garantizaba un mínimo de presencia en todas las pruebas. Sin embargo, la realidad superó en este punto todas las expectativas. Bien porque muchos querían conocer in situ la nueva montaña olímpica, bien por curiosidad, o por degustar unos eventos deportivos gratuitos, lo cierto es que decenas de miles de ciudadanos acudieron diariamente a los distintos estadios, encontrándose en ellos con un espectáculo vibrante e impactante.

Pero, además, los Paralímpics trascendieron el marco deportivo. En las próximas páginas analizaremos, en una primera parte, los efectos endógenos producidos en el colectivo de personas con discapacidad para en una segunda hacerlo sobre aquellos otros que tienen por referente el conjunto social.

1. LAS CONSECUENCIAS DE LOS PARALÍMPICS PARA EL COLECTIVO

Los Jocs de Barcelona significaron, antes que nada, un lapsus en el tiempo, un paréntesis en la vida colectiva de las personas con discapacidad, cuando menos en Catalunya, en el que se pudo trascender el cotidiano ostracismo al que son sometidas por una sociedad de márgenes todavía demasiado estrechos, y ocupar así, una posición de protagonismo social. Protagonismo que, en todo caso, tenía poco de normalizador —en tanto que momento de distinción— pero que sí servía a efectos de reivindicación de la existencia como grupo.

Nunca antes en Barcelona, nunca antes en Catalunya, las personas con discapacidad pudieron sentirse tan primera persona de un evento de grandes connotaciones positivas, ni habían podido proclamar

la posibilidad de ser objeto de atención y admiración colectiva. Barcelona, por unos días tan intensos como breves, tuvo delante de sí a un grupo social que pareciendo surgir de la nada, llenaba sus calles, se asomaba a sus televisores, ocupaban las alfombras oficiales. Por primera vez, la persona con discapacidad podía predicarse como un YO sin complejos y trasladar, al tiempo, un mensaje, que en boca del eminente físico Dr. Hawking llegó desde la ceremonia de apertura de los Juegos a todo el mundo: «Todos somos iguales porque todos somos diferentes».

El derecho a la diferencia, el derecho a no ocultarse de nada ni de nadie, el derecho a padecer una deficiencia desde la más absoluta dignidad, fue, sin duda, la lección que mejor aprendieron y, a su vez, dieron las personas con disminución aquellos días. Arropados en el anonimato de los cientos de sillas de ruedas, muletas o prótesis, las personas con discapacidad catalanas, que mayoritariamente y desde siempre habían sentido el estigma de la diferencia, pudieron sentir el orgullo de serlo. Orgullo por participar de un grupo que venía a demostrar que también ellos podían alcanzar el Olimpo, orgullo por no tener que negarse a sí mismos, orgullo por poder decir a la sociedad que también ellos podían erguirse ante la dificultad.

En aquellos días fuimos testigos del deseo de cientos de personas con discapacidad de salir de sus casas, pasearse por Barcelona, confundirse con los atletas, subir hasta la montaña olímpica. Fuimos testigos de ese orgullo, y también de la necesidad de encontrar colectivamente un espacio propio en el centro mismo de la sociedad. Nunca antes tantas personas con discapacidad utilizaron los servicios de transportes, nunca antes captamos tanta ansiedad participativa, nunca en el tiempo olímpico tanto a euforia a nuestro alrededor. Padecer una deficiencia ya no importaba, lo importante era pertenecer a un grupo que podía sumergirse en el conjunto social y recibir de él respeto y admiración.

Sólo por esto, los Juegos ya merecieron la pena.

Pero además, los Juegos fueron una exaltación del deporte como tal, entendido tanto en sus proyecciones lúdicas y competitivas, como rehabilitadoras. Ni que decir que la actividad deportiva conlleva unas connotaciones interesantes para quien lo practica: facilita el autoestímulo, la autonomía personal, la creatividad y el autocontrol y, en determinadas condiciones, sirve como elemento de

cohesión grupal, favoreciendo su integración en estructuras superiores. Tampoco hay que abundar en las evidentes ventajas que para la salud conlleva una práctica controlada del deporte. Ni de las ventajas que en determinados procesos rehabilitadores tiene el mismo.

Sin embargo, sí tenemos que detenernos aquí en las consecuencias que esta exaltación ha tenido, sobre todo, para las personas con discapacidad catalanas, como grupo. No tenemos estadísticas sobre las variaciones surgidas en el quantum de deportistas con discapacidad, pero sí estamos en condiciones de asegurar que, para muchos, el deporte es una posibilidad en gran medida gracias a los Juegos del 92. Una posibilidad y una potencialidad. Posibilidad que habla de superación, diversión, compañerismo, que mata el tiempo ocioso, que permite salir, contactar con otra gente. Una potencialidad que puede actualizarse, tras estar dormida con tantas otras sólo por el miedo a reconocerse discapacitado y a no enfrentarse a una realidad. Muchas son las personas con discapacidad que se han puesto chandals y zapatillas por primera vez tras haber vivido ese Setiembre mágico, y para muchos, sus vidas han cambiado en algo gracias a ello. También esto se puede agradecer a los Paralímpics. Que hayan sido capaces de predicar desde el ejemplo una actividad tan estimulante como grata y, me atrevería a decir, necesaria para el ser humano.

Para las personas con discapacidad catalanas, los Paralímpics sirvieron también para exigir un espacio digno en los medios de comunicación a su problemática y reivindicaciones. Normalmente apartados de éstos o relegados a ser noticiables sólo desde la página de sucesos, la voz de las personas con discapacidad se pudo oír durante unos días en unos medios de comunicación que, como todos sabemos, son en las sociedades occidentales algo más que canales de información al convertirse en socializadores de la opinión de los grupos dominantes. Si bien el nivel de atención informativa de los Paralímpics no resistió ninguna comparación con la de sus juegos hermanos, —ni tan siquiera suscitó el debido interés en la televisión pública estatal— lo cierto es que, cuando menos, una constante traslación de noticias, opiniones y reportajes partieron en esos días de los medios. A través de ellos, la persona con discapacidad pudo decir parte de aquello que normalmente es silenciado por «no noticiable», de todo aquello que se transforma en alegato acusador contra la estructura

social, de lo que no es aconsejable transmitir para consolidar un orden social que no puede pretenderse pleno de justicia.

En un sentido similar, los Paralímpics fueron altavoces de la situación nada feliz por la que atraviesan cotidianamente las personas con discapacidad que hacen deporte de competición. Sin apenas ayudas privadas, con nulas ayudas públicas, los deportistas de nuestro país aprovecharon la ocasión para exponer sus quejas, deseos y reivindicaciones. Las palabras de la que fue la deportista española más galardonada —Puri Santamaría: cuatro medallas de oro— son una declaración colectiva de lo que representa nuestro deporte paralímpico: «No he encontrado sitio para entrenar y nadie me ha apoyado... La victoria sólo me corresponde a mí. No quiero que nadie se apunte el tanto ya que nadie se ha preocupado antes de los Juegos». La petición de ser considerados como atletas de élite y tener acceso a los sistemas de apoyo a esta clase de deportistas, hubiera sido tomado como un chiste si las Paralimpiadas no se hubieran celebrado en Catalunya y si, además, los deportistas bajo bandera española no hubieran conseguido más de 100 medallas. No se quiere decir aquí que esta reivindicación haya sido atendida, ni mucho menos, pero ni tan siquiera hubiera podido ser planteada si los Juegos no se hubieran radicado en Barcelona.

En un aspecto puramente deportivo, las personas con discapacidad pudieron aprender en estos juegos que también ellos tenían ante sí unos retos que superar. Y a fe que lo hicieron, reclamando así un lugar homologable al del resto de las competiciones deportivas. Ya hemos citado aquí el número de nuevos récord alcanzados, pero en sí mismo ellos tienen menos interés que el de la participación.

Asimismo, los Paralímpics han supuesto un revulsivo para el movimiento asociativo de las personas con discapacidad catalanas, toda vez que ha servido para que muchas personas se hayan acercado a ellas interesándose por los servicios y propuestas que efectúan. La necesaria colaboración mutua que se precisa en el deporte, se entendió como prerrequisito de cualquier actuación en el terreno social, lo que ha impulsado si quiera significativamente el nivel de asociacionismo.

2. EFECTOS SOCIALES DE LOS PARALÍMPICS

En otro orden de cosas, los Paralímpics marcaron un punto de descubrimiento y

encuentro entre el conjunto societal y uno de los subgrupos que aún siendo parte intrínseca del mismo ha sido, históricamente, situado en sus márgenes. Barcelona, durante unas demasiado breves semanas de un imborrable septiembre, respiró integración.

Sus calles se llenaron de tantas personas con deficiencias que apenas si contrastaban con aquellas otras siempre consideradas como normales. Tanta diferencia acabó allanando el camino a la normalidad. Nadie pudo asombrarse de nada. Nadie pudo ser señalado con el dedo. Nadie fue capaz de sentirse superior. En

este ambiente, Barcelona se humanizó como pocas veces en su larga historia. Se volvió más amable y comprensiva, más respetuosa y solidaria. Si su imagen internacional había ganado en proyección internacional durante los Juegos Olímpicos, durante este evento ganó en atractivo para sus gentes, descubriéndose partícipes de unos valores que sólo las personas con discapacidad abrigan en sí mismo.

Barcelona supo que un porcentaje importante de su población —se calcula que un 15%— padece algún tipo de deficiencia. Y también que las barreras arquitectónicas son un grave problema para

Reproducimos, para ilustrar el debate sobre la capacidad integradora de los Juegos Paralímpicos, parte de un artículo del filósofo Fernando Savater publicado por el diario El País en el que se critica el espíritu de estos juegos. Junto al artículo en cuestión, reproducimos también algunas de las cartas que los lectores escribieron para opinar —a favor y en contra— de su contenido.

LA DIGNIDAD Y EL ESFUERZO

«Relean el título de esta página. Si ahora les digo que voy a tratar de los Juegos Paralímpicos de Atlanta, seguro que empiezan a imaginarse un contenido que exaltará la firmeza indomable de la voluntad humana contra las limitaciones de la discapacidad física, etcétera, etcétera... Bueno, pues no. Mi opinión es que los Juegos Paralímpicos no constituyen un monumento glorioso, sino que promueven un lamentable malentendido. Con todos los respetos, me parecen una chorrada monumental. Y ni siquiera puedo enorgullecerme de haber llegado yo sólo a esa conclusión, porque lo cierto es que me convenció la argumentación de Víctor Gómez Pin —un colega filósofo al que admiro mucho, amén de cariños y complicidades varias que no vienen al caso— en su notable libro *La dignidad*. Intentaré razonarles a mi modo el asunto.

Por lo visto, esas competiciones paralímpicas pretenden probar que las personas con minusvalías físicas no son inferiores en dignidad ni merecen menos admiración —sino en todo caso más— que quienes no las padecemos. Estoy tan de acuerdo con este planteamiento que esos Juegos me parecen más bien una humillación extravagante en vez de su confirmación. Es evidente que una persona sin piernas no es capaz de correr como quien las tiene: lo importante entonces no es demostrar que si se empeña podrá a pesar de todo correr más o menos bien, sino que una persona que no esté capacitada para correr no por ello es menos humana que las demás y que es apta para realizar otras muchas cosas en la vida para las que no se necesita tener piernas. En cuanto se les da la ocasión adecuada, los minusválidos prueban que no estamos meramente determinados por lo físico, sino que podemos buscar la excelencia de modo versátil y que hay mil modos diferentes para saber ganarse el reconocimiento social. Un tetrapléjico como Stephen Hawking no necesita nadar a trancas y barrancas o disparar un arco con la boca para conquistar nuestro respeto: su ejemplo indica que en la vida hay otras cosas humanamente importantes aparte de nadar o tirar con arco. Si, en cambio, se hubiese obstinado en hacer atletismo sólo habría sorprendido por su cabezonería, convocando el asombro malicioso que rodea a los fenómenos del circo.

Los Juegos Olímpicos son la ocasión para que hombres y mujeres demuestren su perfección en ciertos ejercicios físicos, admirables cuando se realizan bien, pero perfectamente prescindibles. No entiendo por qué quienes sufren algún impedimento para tales destrezas se han de empeñar en remedarles con mayor o menor acierto, cuando hay tantas otras cosas por hacer. Lo importante es que la sociedad no les margine y les brinde la ocasión de probar su valía en aquello para lo que realmente son tan capaces como cualquiera..., aunque no se ganen así medallas compasivas».

FERNANDO SAVATER

muchos de ellos, y que la rehabilitación es posible si se cuenta con medios médicos e instituciones adecuadas, y que se puede ser ingeniero aunque se padezca una parálisis cerebral y que muchas personas con discapacidad hacen deporte y que éste puede ser un bello espectáculo... y tantas cosas que sin duda no hubieran sido descubiertas socialmente sin un evento como el que reseñamos. Durante unos días se habló de éstos y otros problemas y al hacerlo se permeó por toda la sociedad un sentimiento de descubrimiento —de encuentro también, ya lo hemos dicho— con este colectivo social, lo que significó, para mí, el más importante de los logros conseguidos por los Paralímpics.

Pero también hubo avances en otros órdenes. A nivel urbanístico, a Barcelona se le obligó a ser una ciudad para todos. Y así aprendió a diseñar sus espacios desde el criterio de la accesibilidad total. La villa olímpica demostró que el diseño podía estar al servicio de todos los ciudadanos, que era posible combinar estética y funcionalidad. Los edificios se abrieron a la globalidad y permitieron ser utilizados sin malabarismos de ninguna clase. El espacio se volvió mágico para aquellos acostumbrados a vivir en continua disonancia con él.

Los Paralímpics de Barcelona sirvieron, asimismo, de agente dinamizador en los cambios que se están produciendo a nivel de transporte público. Antes de los Juegos, sólo existía un servicio especial para personas con disminuciones de movilidad; hoy, a más de algunas realidades, también hay planes en este sentido. Decenas de autobuses son completamente accesibles, se ha incrementado de manera importante la flota de microbuses especiales y una de las líneas del metro se piensa construir

pensado en la total accesibilidad. Sin duda, y aunque los frutos todavía no se disfrutaran plenamente hasta dentro de unos pocos años, se ha abierto una vía que creemos irreversible en el terreno del diseño de los medios de transporte público.

Puede que todo esto suene demasiado lejano, incluso algo irreal. Pero lo sería si no advirtiéramos que aunque los Juegos fueron un excelente dinamizador de conciencias y estructuras en beneficio de las personas con discapacidad, no es menos real que la normalización todavía está lejos de conseguirse en nuestro contexto. Gran parte de esta efervescencia colectiva que se pudo vivir, se ha aletargado ante la renuncia institucional a proseguir con el esfuerzo concienciador. Las nuevas prioridades marcadas desde unos Presupuestos oficiales cada vez menos abiertos a las demandas de los colectivos con más problemas sociales ha aparcado nuevos proyectos integradores.

En todo caso, si algo pudo demostrar Barcelona es que hoy ya sabemos que el cambio es posible; que las grandes concentraciones deportivas de personas con discapacidad permiten transformar el entorno; que las competiciones pueden colaborar en el proceso integrador sometiendo al conjunto social a un cambio sensitivo; que el deporte practicado por personas con discapacidad puede borrar estigmas de minusvaloración; que cuando el Estado quiere, la persona con discapacidad puede. Eso se pudo comprobar en Barcelona y se quiso validar en Atlanta.

3. LOS JUEGOS DE ATLANTA

Pero Atlanta está no sólo a unos cuantos cientos de kilómetros de aquí, sino

«Soy un lector asiduo de las columnas de Savater, pero se equivoca en el planteamiento de los Juegos Paralímpicos en su artículo *La dignidad y el esfuerzo*. A mi no me parecen una «chorrada monumental». La cuestión no está en si el ser humano discapacitado puede llegar a ser un gran intelectual o un artista o lo que se proponga, sino en que el discapacitado disfruta del deporte, aunque sea en silla de ruedas, y merece una oportunidad para ganar una medalla, como un atleta en plenas capacidades físicas o psíquicas.

Puede que en la vida haya «otras cosas humanamente importantes aparte de nadar o tirar con arco», pero ¿no se ha parado a pensar que para ellos quizá no las haya? Creo que se confunde en que los Juegos Paralímpicos son «una humillación extravagante». Son la afirmación de que un minusválido puede autorrealizarse en algo tan cotidiano como el deporte sin ser un Nobel de Física o un gran poeta. Para ser reconocido socialmente no se necesitan dotes intelectuales como las de Hawking, sólo «dignidad y esfuerzo».

MARIO DÍAZ LÓPEZ

también a unos cuantos años en distancia social. Atlanta no precisaba para adaptarse la excusa de unos juegos para personas con discapacidad. Hacía algunos años ya que en la sociedad norteamericana se había abierto un debate sobre el espacio de las personas con discapacidad en la sociedad. Y no tanto porque desde la Administración o los grupos dominantes se deseara abrir, sino porque las propias personas con discapacidad lo forzaron.

La tradición de lucha por de los derechos civiles arraigada en la sociedad norteamericana sirvió de telón de fondo de un conflicto reivindicativo que en nada tenía que ver con la dulce cara del deporte. Más bien generado en un contexto antitético con el mismo, los minusválidos norteamericanos ganaron la calle y tomaron la voz en los años 70. El ostracismo con el que fueron pagados los miles de jóvenes, antaño héroes, que volvieron del Vietnam con los efectos de la guerra en sus cuerpos les obligó a organizarse civilmente, encontrando en el resto de las personas con discapacidad un punto de apoyo definitivo para su lucha por el reconocimiento social, ya no como militares y sí como meros ciudadanos.

De este debate nacieron una multitud de programas que impidieron que la persona con discapacidad ocupara, per se, el espacio marginal de la sociedad. No se quiere decir, claro está, que las personas con discapacidad norteamericanas no puedan vivir desde entonces en situaciones marginales. Millones de norteamericanos lo hacen en condiciones de extrema necesidad y entre ellos seguramente que miles de personas discapacitadas también. Pero lo que se niega es el axioma relacional.

Atlanta, pues, esperaba a los paralímpicos con reformas abordadas ya hace unos años. Con las barreras suprimidas, el transporte accesible, las empresas más abiertas a las personas con discapacidad y una cultura de la diferencia más arraigada. En una palabra, con mayores espacios de normalización social del colectivo.

Y tal vez desde esta premisa fue sobre la que se dibujaron los Paralímpicos del 96. Fieles a sus planteamientos neolibera-

les, los sectores dominantes del Comité Organizador impusieron un modelo de «laissez faire» en el que el negocio y la autofinanciación eran sus fundamentos. Y así abandonaron a los participantes al mercado del espectáculo deportivo sin tener en cuenta que éste no estaba educado en el consumo del deporte adaptado. El resultado fue desalentador para quienes en su retina tenían la experiencia de Barcelona: en unos estadios con capacidad para decenas de miles de personas, apenas unos pocos cientos eran testigos del esfuerzo de estos deportistas. Sólo el espectáculo de las grandes estrellas de la música americana y el exhibicionismo tan propio del «american way of life» en las ceremonias de inauguración y clausura atrajo la atención popular masiva. El costo de las entradas —nunca inferior a las 2.000 pts— garantizaba una normalidad basada en una supuesta igualdad, pero alejaba a la sociedad de las personas con discapacidad.

Atlanta había apostado por las leyes del mercado pero el mercado les dio la espalda. La ciudad permaneció ajena a un fenómeno que, en sí mismo, es capaz de cambiar los ritmos de la ciudadanía y desde la Administración nada se hizo para transmitir el entusiasmo de los atletas al resto de la sociedad.

Cierto es que como acontecimiento deportivo, estos Juegos demostraron no sólo la evolución de este deporte —más participantes que nunca, mejores marcas— sino también que tenía un espacio minoritario, pero propio, en el mundo del espectáculo. Pese a que estas Paraolimpiadas sí lo fueron del cemento, también demostraron que para unos pocos miles también tienen interés y que, a poco que los medios se hicieran eco de él, se multiplicarían sus seguidores. Atlanta ha sido testigo de hazañas impensables hace unos años y de deportistas capaces de conferir a sus especialidades la más bella de las plásticas.

Tampoco se puede dejar de reconocer que Atlanta fue testigo y actor de importantes avances tecnológicos en las ayudas contra la discapacidad. En muchos aspectos, los Juegos son pruebas de fuego de

«Dejando a un lado que cada uno pueda dedicar sus esfuerzos a lo que considere oportuno, esté o no capacitado, olvida el señor Savater que el objeto del deporte no es el resultado, sino el esfuerzo y la voluntad de superación personal».

ENRIQUE FERNÁNDEZ

estas mejoras técnicas que encuentran en la competición un escaparate mundial. En Atlanta se han podido ver articulaciones de tipo hidráulico o hidromecánico, prótesis en fibra de carbono o titanio, microchips que colaboran en facilitar el movimiento, sillas ultraligeras y un sinnúmero de instrumentos al servicio de la persona con discapacidad... que pueda pagárselo, lo que en nuestro país todavía significa que muchos no puedan disfrutarlos.

Pero, sin embargo, en Atlanta, la sede del Planet TV, la TV falló, hurtando al público la posibilidad de acercarse a un espectáculo con capacidad intrínseca de llegar a masas. Ninguna de las grandes cadenas —ni, para más desgracia, de las pequeñas— se interesó por los Juegos, demostrando no sólo que el interés económico preside los canales de comunicación, sino que un trasfondo ideológico impregnado de valores neoliberales es consustancial a ellos. El deportista con deficiencia, con capacidad para poner en cuestión valores superfluos que los propios medios se encargan de entronizar en nuestra sociedad, con su negación radical del carácter mercantil de su esfuerzo, con su reivindicación permanente en favor de la igualdad de oportunidades, es en sí mismo un alegato contra un modelo económico y cultural que genera exclusión. Y eso, claro, no tiene espacio en la industria de la comunicación que lo es, también, de la manipulación de la conciencia.

4. REFLEXIONES SOBRE LA NORMALIZACIÓN

Atlanta había dibujado, pues, unos Juegos referenciales de los valores últimos de la sociedad norteamericana, pensando que los Juegos, por sí mismos, podían atraer la sponsorización privada y con ello a los medios de comunicación. Pensó que el mercado respondería y el público también. Pero nada de eso se dio. Y en este punto, Atlanta fue un auténtico fiasco.

Algunos puede que piensen que el deporte adaptado alcanzó la altura real en

la que está y otros que las prácticas más normalizadoras tienen también sus límites. Pero del análisis de estos Juegos se debe colegir que en modo alguno la Administración debe dejar al libre arbitrio del mercado a esta tipología de deporte. Ni por sus características, ni por los valores que trasmite, —más que por las personas que lo practican—, se le puede abandonar en un terreno de juego cuyos códigos en nada tienen que ver con ellos. La pureza de estas prácticas, el fin último que los preside, el espíritu con el que lo afrontan sus practicantes no debe contaminarse del deporte-mercancía y sí mantenerse como referente, tal vez último, de un deber ser cargado de ontología.

El deporte adaptado, sus competiciones, como se demostró en Barcelona, puede ser un agente esencial en el proceso de maduración social que conlleva la integración de las personas con discapacidad. La Administración no puede dejarse llevar por la lógica presupuestaria ni por la dicotomía minorías/mayorías a la hora de acercarse a él. Su promoción no sólo beneficia a las personas con discapacidad, sino que enriquece a una sociedad alimentada de héroes inalcanzables y cuerpos perfectos, que puede tener en él una referencia viva de la pureza del deporte y una terapia contra la competitividad por encima de cualquier ética.

Tampoco puede mantenerse por más tiempo el axioma de la normalización como único referente a la hora de plantear un tratamiento institucional en el deporte adaptado. No se normaliza a golpe de boletín oficial ni mucho menos se avanza hacia ella sin, previamente, quemar etapas integradoras que, obligatoriamente, han de basarse en políticas de discriminación positiva. En este punto la Administración debe favorecer un debate sobre los canales organizativos actualmente vigentes y abrirse a la realidad, por más que ello obligue a reconocer imperfecciones y errores. La reglamentación deportiva vasca, modelo de normalización, es, en sí misma, garante de la injusticia y, paradójicamente, obstáculo para la integración y no puede por más tiempo

«Deseo agradecer a Savater su artículo *políticamente incorrecto* sobre los Juegos Paralímpicos. Si bien las personas con minusvalías físicas son dignas de admiración por su voluntad y esfuerzo, también causan sentimientos de dolor al exhibir la superación de tales impedimentos. Bien merece un aplauso nuestro filósofo al señalar que la dignidad tiene múltiples facetas, todas ellas admirables si son superadas; sin necesidad de ser compadecidas».

BERNABÉ LORENZO

mantenerse. Seguir por este camino lleva a Atlanta antes que a Barcelona, pero ello ni es lógico, ni a la luz de los resultados, adecuado.

5. UN PODIUM DE HONOR

No puedo terminar este artículo, sin hacer una referencia breve a la actuación de los paralímpicos vascos en Atlanta. Aún como participantes del seleccionado estatal, —¿por qué no un Comité Paralímpico Vasco?— un conjunto de quince jóvenes protagonizaron la más importante

gesta deportiva del deporte vasco en toda su historia. Las diecinueve medallas conseguidas, el hecho de que todos ellos obtuvieran algún diploma olímpico, impiden cualquier cuestionamiento a mi afirmación. Pero más allá de los éxitos y los podiums, sus laureles mejores no se tiñen con los metales conseguidos, sino con el ejemplo de superación que a todos nos han dado. Que la sociedad se lo reconozca es simplemente un acto de justicia, que los poderes públicos les apoyen, ya, un deber social.

TXEMA ALONSO